

ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO IX. — NÚM. 436

Madrid, 31 de Mayo de 1928

PRECIO: 15 CÉNTS.

PENTECOSTÉS

« EL GRAN DESCONOCIDO »

EL Domingo pasado fué «Domingo de Pentecostés». ¡Hermosa fiesta! No bullanguera, ni sonada, ni aparatosa. Fiesta callada e íntima, que sólo los hombres de experiencia espiritual pueden celebrar sincera y fundadamente. ¡El Espíritu Santo! El mundo «no le ve ni le conoce». El mundo no conoce sino lo que ve con los ojos de la cara, y ni aun eso siempre. «Vosotros — dice Cristo a los suyos — le conocéis, porque está con vosotros y será con vosotros.» Los cristianos debíamos tener todos un conocimiento mayor, una experiencia más marcada, de este Huésped Celestial que mora en nuestras almas y a quien no siempre damos el lugar honroso que le corresponde.

Para un espíritu superficial éste es un asunto de mera teología cristiana, uno de los aspectos de la doctrina de la Trinidad. La realidad es que la Teología recibió este asunto, como el de la Santísima Trinidad, cuando ya estaba planteado por la experiencia espiritual. Los siervos de Dios sintieron al Espíritu Santo antes de hablar de Él. Los hechos fueron antes que las palabras. No se trata de una cosa teórica, sino eminentemente práctica.

La Teología cristiana ha extendido sus manos. Con una ha pulsado la vida íntima, espiritual, emotiva, práctica, de los creyentes: la experiencia cristiana. Con la otra ha hojeado las páginas de la Escritura en que el mismo Espíritu habla de Sí, aunque relativamente poco, pues su característica es ensalzar a las otras dos Divinas Personas de la Trinidad y permanecer Él como escondido. Operando la Teología con estos elementos, ha formulado la doctrina del Espíritu Santo, su personalidad, su divinidad, su doble procedencia del Padre y del Hijo. Pero la Teología no ha creado nada. Bástale haber reflejado bien lo que la realidad espiritual ha ofrecido a su contemplación.

Todo esto íbamos pensando el Domingo pasado. Nuestro corazón se inflamaba en sentimientos de gratitud al Celestial Paracleto, tan alentador, tan constante, tan paciente con nuestras frialdades y torpezas, tan deseoso de no abandonarnos ni un instante. No; no nos parecía exagerado el relato de Pentecostés. ¿Qué no podría hacer el Espíritu en aquellos cora-

zones llenos de santa expectación, en aquellos creyentes a quienes esperaba tarea tan inmensa, cuando aun en nosotros, cristianos del siglo XX, que vivimos a veces a bien bajo nivel y tan olvidados estamos de nuestra misión, Él se digna obrar las maravillas de su gracia?

Y ya, recapacitando en nuestra posición especial como cristianos evangélicos, miembros de las Iglesias de la Reforma, vimos que sería en nosotros una táctica suicida descuidar la posesión y desatender la guía del Espíritu Santo. Hemos salido de una Iglesia de tiranía y pertenecemos a Iglesias de libertad. Roma quiere tratar siempre a los suyos como menores.

Nosotros nos sentimos ya con todos los derechos de hijos de Dios. Hemos huido del peligro de la atrofia de nuestra vida espiritual. Pero ¿cuál es el fundamento de nuestra actitud? Que el Espíritu Santo es dado a los creyentes, a cada uno en particular, tanto como a los directores y maestros. Si abandonamos por incuria y pereza, por mundanalidad o pecado, la comunión con el Espíritu de Dios, el anhelo de ser llenos de Él, nuestra situación se hace aún más lamentable que la de los fieles romanos, raquíticamente desarrollados, protegidos por una opresora tutela, pero protegidos al fin.

He aquí que pensábamos esto cuando cayó en nuestras manos un diario católico-romano y se posaron nuestros ojos sobre un artículo titulado *Pentecostés*. El escritor echa de menos esta amplia comunión con el Espíritu, que es, y debe ser más y más, la gloria de las Iglesias Evangélicas. Dirigiéndose al Espíritu Santo dice:

Aun en el mismo seno de la Iglesia, esa liturgia de tu fiesta, saturada de tan profunda y nostálgica ternura, ¡qué dolorosamente se desvanece en el vacío! Ella debiera de ser la forma de oro que llegara hasta Ti, henchida del amor de cada uno de los fieles, y es ya una fórmula que apenas tiene sentido. De tiempo atrás, la atención individual, la curiosidad de los fieles, se ha ido desplazando, quizá con exceso, hacia otros temas de piedad que, aunque muy laudables, no son Tú. A fuerza de colocar intermediarios en las

relaciones de nuestro espíritu con Dios nos hemos olvidado de que Tú descendiste para habitar íntimamente y sin intermediarios en el tabernáculo de nuestras almas. Y esa llama de tu amor, capaz de transfigurarnos, palpita sin eco en el cenáculo desierto.

¿Quién te llamó, con tan amarga verdad, «El Gran Desconocido?»

Clamor agudo de los que sienten cuánto han perdido al admitir sustitutos inadecuados de Aquel gran Vicario de Cristo, el Espíritu Santo, único que el mismo Redentor anunció y prometió.

El Espíritu quiere que vivamos, no la vida inferior del siervo, sino la superior y más noble del hijo. Nos da acceso directo al Padre y nos infunde sentimientos de filiación. Cuando buscamos otros intermediarios, le afligimos, y si persistimos en nuestro error, se aleja. Oímos cada vez su voz más lejana. Confundimos su acción con otras influencias de orden inferior. Y tanto nos vamos olvidando de Él, que llega a ser, ¡oh dolor!, *El Gran Desconocido*.

Que nunca lo sea entre nosotros.

¿Qué es el libre examen, si lo consideramos reverentemente? Un camino abierto al Espíritu Santo. Los protestantes no estamos más seguros de nuestro *juicio privado* que los católico-romanos. Es probable que conozcamos mucho mejor que ellos cuán propenso está el hombre al error si se abandona a sus propias fuerzas. Pero no queremos que ninguna autoridad humana se interponga entre la influencia del Espíritu y nuestras almas. Para seguir la dirección del Espíritu necesitamos usar todas nuestras facultades al máximo y con libertad, sin despreciar la experiencia de siervos de Dios más adelantados que nosotros, pero sin dejarnos arrastrar por ellos.

Tampoco estamos seguros de nuestras emociones, ni de nuestros sentimientos, ni de la fortaleza de nuestra voluntad. Pero justamente nuestra flaqueza es nuestro título mejor a la asistencia del Espíritu Santo. En Él Jesús viene de nuevo a nuestro lado, como dijo: «No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros».

EVANGÉLICUS

PLENITUD DE VIDA

(DE NUESTRO ACTUAL CONCURSO)

«El que tiene mis mandamientos y los guarda, aquél es el que me ama; y el que me ama, será amado de mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él.»

San Juan, XIV, 21.

PROBLEMA fundamental para el cristiano es el de su relación con Dios por medio de Jesús. Resuelto éste favorablemente, se tiene la vida: «quien tiene al Hijo, tiene la vida»; mas si no se ha resuelto o se ha resuelto en forma negativa, es la muerte: muerte espiritual real y verdadera que no puede deshacer ni la filiación a determinadas iglesias o congregaciones, ni la observancia de estas o las otras prácticas religiosas, ni aun los mayores y mejores esfuerzos hacia una vida mejor, si éstos se realizan aparte de Cristo; pues en este asunto no hay término medio: o se está con Cristo y se tiene vida o se está muerto fuera de Él.

Todo cristiano sabe perfectamente esto y cifra su anhelo en llegar un día a la posesión plena y completa de esta vida; vale decir, la comunión íntima y perfecta con Jesús.

¿Qué cristiano no siente vibrar su corazón en un deseo ferviente de llegar a esa plenitud de vida al ver a hombres que la poseen, a siervos fieles del Dios Alto que la revelan en sus palabras, que la manifiestan en cada uno de sus gestos, que se trasluce en cada una de sus miradas?

¿Qué cristiano no ha sentido la necesidad de llegar a hacer suyas la experiencia de otros hermanos, que en un completo abandono de sí mismos en los brazos de su Dios, en un absoluto renunciamento y una confianza plena en el amor de su Salvador han hecho palpable, no ya la posibilidad, sino la gloriosa realidad de una comunión perfecta? Yo creo que son todos, o por lo menos muy pocos, los que no han sentido jamás esta necesidad.

Sin embargo, algo que parece ignoran la mayor parte de los cristianos es que esta plenitud de vida no es patrimonio exclusivo de algunos, sino que está a disposición de todos sin distinción.

Veamos lo que nos dice Jesús: «y el que me ama, será amado de mi Padre; y yo le amaré, y me manifestaré a él». «El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos con él morada.» (v. 21 y 23.)

Jesús dice claramente que la vida está a disposición del que la quiera; que sólo basta quererla para que su posesión sea un hecho. Procuraré aclarar mi pensamiento.

Supongámonos dentro de un departamento todo él de cristal (como el que tienen para estudio ciertos pintores y fotógrafos), pero todo él revestido de pesados cortinajes negros. Dentro de él reina la noche, y nosotros, amantes de la luz, nos lamentamos y suspiramos por vernos iluminados nuevamente por ella.

Fuera de este departamento hay un hermano nuestro que nos ama y que al oír nuestros lamentos nos dice: «Hermano, no te aflijas más por la falta de luz, he aquí que el sol ha salido y brilla con toda su fuerza en el zenit; ni la nube más

insignificante enturbia o impide su clara luz; si en verdad quieres recrearte en su contemplación, si en verdad anhelas verte bañado en su fulgor... abre las ventanas y descubre las cortinas».

¿No es cierto que sólo sería necesario que nosotros lo *quisiéramos* para que la luz nos envolviese de nuevo? Pues esto mismo es lo que podemos deducir de las palabras de Jesús, «al que me ama, yo me revelaré a él».

Un vaso que llenemos de agua nos muestra claramente también, que si queremos verter en él cualquier otro líquido, éste se derramará, a no ser que antes hayamos vertido parte de esta agua o toda ella a fin de dar cabida al líquido que ahora nos interesa depositar en el vaso, ¿no es eso? Pues bien, la vida del cristiano radica en su corazón y en él es en donde debe hacer morada el Espíritu de Dios. No puede quedarse fuera, tiene que estar en él y así poder ser el impugnador de todos sus actos.

Mas lo que hemos dicho del vaso es cierto también respecto al corazón. ¿Podemos concebir a Dios viviendo en un corazón lleno de orgullo, de odio, de envidia, de mala voluntad? ¡No, cierto que no! ¿Cómo podrá comprender el hombre orgulloso los caminos y los pensamientos de Dios, siendo éste humildad y mansedumbre? ¿Cómo podrá obedecer a los impulsos de la caridad un hombre que esté dominado por el egoísmo? ¿Cómo podrá comprender los misterios del amor de Dios aquel que tiene el odio como incrustado en su corazón? Fácil nos es comprender, pues, que el hombre que no desaloje de su corazón todas estas cosas, no puede recibir la vida, no puede recibir a Dios.

Alguien tal vez diga o piense: «si mi orgullo y toda la maldad que en mí hay es lo que impide que Dios pueda morar en mí y darme la vida, y, por otra parte, yo necesito de ese Dios para limpiarme, puesto que soy impotente por mí mismo para hacerlo, ¿cómo podré aspirar a la vida?» ¡Alto, amigo! Si es una verdad palpable el que Dios no puede morar con el pecado, también son ciertas las palabras de Jesús, que dijo: «al reino de los cielos se hace fuerza, y los valientes lo arrebatan» (Mat., XI, 12); que podemos poner al lado de aquellas de las que estamos tratando: «y el que me ama, será amado de mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él».

En la vida del hombre intervienen constantemente dos factores capitalísimos, que se puede decir que son el eje sobre el cual gira ésta. Estos factores son la voluntad y el sentimiento.

Como quiera que realmente no tienen valor moral sino la acción que ha surgido espontánea del individuo, y ésta sólo puede haber sido producida por uno de estos factores, tenemos que para que nuestra vida tenga valor es necesario que sea fruto de estas fuerzas. Dicho esto volvamos a nuestro asunto.

Nuestro corazón fué creado para amar a Dios y para que la luz de Éste lo llenase continuamente; mas hoy el pecado, cual los negros cortinajes antes aludidos, se interpone y sólo algunos destellos de esa luz llegan hasta nosotros. El sentimiento de la necesidad de descender estos cortinajes está en nosotros, se deja sentir

vivamente, ¿por qué no ha de actuar también firmemente nuestra voluntad?

Observemos que Jesús condiciona su unión con el hombre al previo amor de éste, cosa lógica y natural como veremos. Si no hay en el hombre un sentimiento que le impela hacia Jesús, Este, aún cuando esté a su lado, no tendrá influencia alguna sobre él; si en el hombre no está el deseo de ver, de recibir, es como si en medio de un jardín cargado de dulces aromas se tapase las narices; cual la fuerza que actúa sobre la polea libre, que sólo le falta unos milímetros para que su esfuerzo sea eficaz, pero que, sin embargo, ese esfuerzo, esa bendición se pierden y ese aroma no es percibido.

Continúo diciendo que la vida en plenitud está a disposición de todo aquel que la quiera (hablo a cristianos ahora); porque aunque concibamos a un hombre del mundo no amando a Cristo, no podemos hacer lo mismo respecto a un cristiano que sólo lo es porque ama y obedece a Jesús.

Pensando lógicamente veremos que en un cristiano todos sus esfuerzos y todo su amor deben tender hacia Jesús.

El cristiano no puede olvidar que ha pasado de una vida de angustias y dolores, de desasosiego y temores espirituales, a una vida de paz y tranquilidad también espirituales, gracias al conocimiento de Jesús; un cristiano no puede olvidar que de una vida llena de actos algo oscuros ha pasado a una vida de pureza y luz, gracias al conocimiento de Jesús; un cristiano no puede olvidar que de una vida llena de debilidades y renunciaciones ha pasado a una vida de firmeza y rectitud, gracias al auxilio que de Jesús ha recibido; y si un cristiano no puede olvidar lo que es más importante aún, o sea, que ha llegado al conocimiento de un Dios todo amor por medio también de Jesús, ese cristiano tendrá forzosamente que amar a Jesús, si no con todas sus fuerzas al principio, de una manera gradual y ascendente, que le llevará a la entrega real de todo su ser a la voluntad de Jesús.

Y es entonces cuando llena nuestra alma, nuestro corazón, nuestro ser todo de ese amor inmenso, nos llegaremos a Jesús en un anhelo santo de unirnos a Él, de dejarnos penetrar por Él; cunado, sedientos de pureza, nos elevaremos hasta Él, que es la Pureza; sedientos de justicia, nos llegaremos a Él, que es la Justicia; sedientos de caridad, amor y sacrificio, nos llegaremos a Él, que tan gran ejemplo nos ha dejado; sedientos de vida y de su conocimiento, nos llegaremos a Él, que es la Vida, que todas las cosas que recibió de su Padre nos ha comunicado como a amigos; en fin, que afirmándonos en nuestro amor, creceremos continuamente en nuestra comunión con Él, hasta poder decir como el apóstol Pablo: «y vivo, no ya yo, sino Cristo en mí».

Amados hermanos: ¿Dejaréis de echar mano de esta plenitud de vida? He aquí, yo os digo: Jesús llama a la puerta de vuestro corazón hoy, ¿no le dejaréis entrar?

F. D'AIGUAVIVA.

Agente de ESPAÑA EVANGÉLICA
en el Uruguay:

D. MANUEL PUCH

Quito, 1618.

MONTEVIDEO

El Director de «El Estandarte Evangélico» de Buenos Aires, en Madrid.

HARÁ ya unos cuatro meses recibimos una atenta carta de D. Regino Galdós, el dignísimo presidente del Comité Evangélico Español del Uruguay, en la cual nos anunciaba la visita que haría a España el Rdo. Gabino Rodríguez, pastor de la iglesia metodista episcopal de la ciudad de La Plata (Argentina), a su vuelta del Congreso Misionero de Jerusalem, adonde iba representando a las iglesias de las repúblicas del Plata.

Pero el Congreso terminó, las semanas pasaban sin tener noticias del señor Rodríguez, y cuando ya desconfiábamos de verle, pensando que, o había desistido de su visita, o había pasado por aquí (como otros muchos) con la rapidez de un meteoro, llega a nuestras manos, desde París, una carta del señor Rodríguez, en la cual, después de excusar su tardanza, nos anunciaba su inmediata salida para España, y su deseo de sernos útil en Madrid, para lo cual, nos decía *que podíamos prepararle un programa*. Al momento nos pusimos al habla con los pastores de las iglesias federadas de Madrid, y con ellos arreglamos un programa todo lo extenso y variado que permitía la breve estancia del Rdo. Rodríguez en Madrid, y que se cumplió *casi* al pie de la letra.

Llegó éste, procedente de Santander, donde pasó un día, el jueves 17 por la noche, alojándose en el Colegio del Porvenir. Dedicó el viernes y sábado a recorrer la ciudad y visitar algunos de sus Museos; pues aunque el Sr. Rodríguez es español, dejó muy niño la madre patria, y ésta le era en absoluto desconocida.

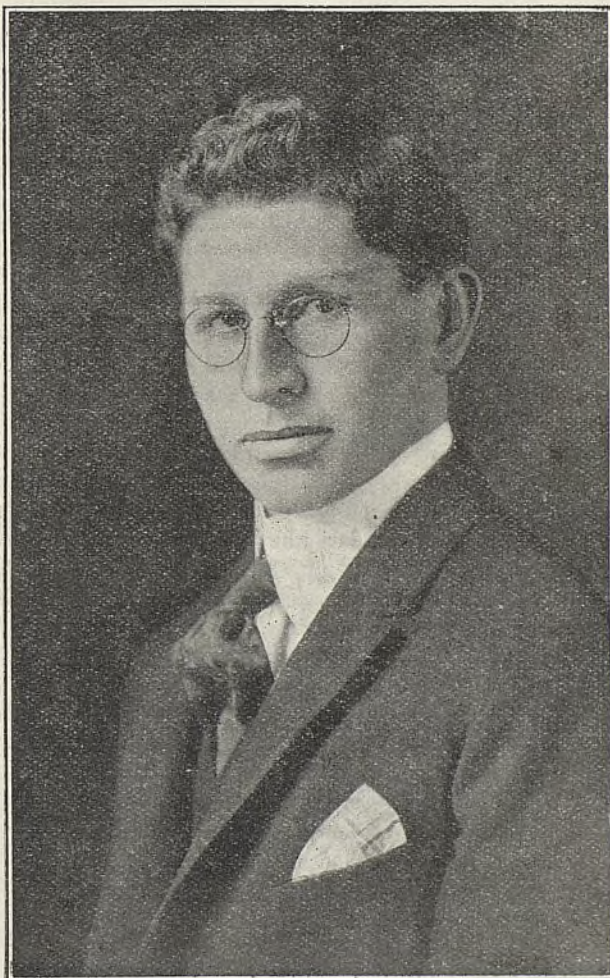
Las primeras reuniones en que él había de dirigir su palabra a los evangélicos de Madrid eran los cultos del Domingo en las iglesias de Beneficencia y Calatrava. En aquélla predicó sobre el texto: «No me avergüenzo del Evangelio de Cristo, porque es potencia de Dios para dar la salvación»; y en ésta habló por la noche sobre las palabras: «No temáis, manada pequeña, porque ha placido al Padre daros el reino».

Fueron los sermones del Sr. Rodríguez dos notables piezas de oratoria, muy sencillas, pero muy evangélicas, presentando los saludos de los hermanos de Argentina y Uruguay, y teniendo palabras y frases de aliento para los evangélicos que en España pelean la buena batalla de la fe, y mantienen enhiesta la bandera del Crucificado en medio de tantas dificultades. El predicador fué oído con

mucha atención, y saludado por los hermanos a la terminación de los cultos.

El Sr. Rodríguez, si hemos de dar crédito a sus palabras, estaba muy bien impresionado de los cultos del primer Domingo que como pastor evangélico pasaba en España.

El lunes fué día de asueto. Los pastores de las dos iglesias en que había predicado el Sr. Rodríguez el día anterior le



Rdo. GABINO RODRÍGUEZ

Pastor de la Iglesia Metodista Episcopal de La Plata y Director de «El Estandarte Evangélico», de Buenos Aires.

invitaron a una excursión al Real Sitio de San Lorenzo de El Escorial. Las muchas ocupaciones que pesan de ordinario sobre los pastores y otros obreros de la capital, impidieron que a esta excursión se sumaran otras personas.

La mañana se pasó en la visita al Monasterio y palacio de Felipe II, y la tarde, en amena conversación sobre las cosas de la Obra en España, muy especialmente de los movimientos de cooperación, tales como las Alianzas, la Prensa, los hospitales, el seminario... en todo lo cual manifestó mucho interés nuestro huésped, que a su vez nos informó de una porción de interesantes detalles sobre la labor evangélica en la República

Argentina. ¡Cuánto sentimos que nuestros compañeros en el trabajo en Madrid no hubieran podido acompañarnos! ¡Las horas que pasamos escuchando al señor Rodríguez, no habrían sido para ellos tiempo perdido! Otra vez será.

El Rdo. Rodríguez es el director de nuestro estimado colega de Buenos Aires *El Estandarte Evangélico*, uno de los periódicos más antiguos y mejor escritos de la Argentina evangélica. En su calidad de periodista, ESPAÑA EVANGÉLICA se proponía obsequiarle con una taza de café en la tarde del martes, día señalado semanalmente para la reunión de la redacción.

Deseábamos escuchar de labios de nuestro amigo cosas referentes a la labor de prensa; recibir quizá de él sugerencias e ideas nuevas, y a la vez proponerle el intercambio de colaboración entre ambos periódicos; vivir, en fin, unos momentos de vida periodística... ¡Pero nuestro gozo en un pozo! Por eso dijimos al principio que el programa propuesto se cumplió *casi* al pie de la letra. Fué éste el único número que fracasó. Pero el señor Rodríguez tenía que marchar de Madrid a primera hora del día siguiente, y las gestiones de pasaportes, embarque, visitas de despedida, etc., le ocuparon de tal manera todo el día, que se vió obligado a prescindir del homenaje, y a nosotros nos privaron de unas horas que ansiábamos con deleite. Pero nos resarcimos de ello con la conferencia de la noche.

Se había dispuesto para ella la noche del martes, y como local, la iglesia del Salvador, situada en la calle del Noviciado. Presidió el acto el pastor de la iglesia, que hizo en breves palabras la presentación del conferenciante, concediéndosela en seguida al Sr. Rodríguez.

Después de los saludos de rigor, empezó su conferencia con una descripción geográfica de la Tierra Santa, especialmente de la ciudad de Jerusalem y sus alrededores. La ciudad nueva y su parte vieja, el monte de los Olivos, los valles de Cedrón e Himnon, Belén, Hebrón, la cueva de Macpela con sus sepulcros, Betania, el desierto de Judá, el camino de Jericó, Jordán y el mar Muerto con su fantástica vista a la luz de la luna, los montes de Moab a lo lejos, ocupando todo ello un espacio relativamente pequeño, todo fué descrito de una manera gráfica y atrayente por el disertante.

Entrando luego a decir lo que fué el Congreso Misionero, hizo mención de los países allí representados, que llegaban a 51, con 250 delegados de todos los países, a excepción de España e Italia, que el Sr. Rodríguez, como otros muchos a quienes hemos oído, lamentaba no hubiesen sido invitadas. Triste y lamenta-

ble, sí, pero no por eso menos cierto. Los organizadores del Congreso sabrán los motivos para esta omisión.

El Congreso se desarrolló en medio de la más perfecta fraternidad, hasta entre pueblos que hasta hace poco estaban en guerra y que aún se miran con recelo. La finalidad del Congreso era tratar de cambiar impresiones sobre ciertos problemas que afectan al mundo, y en los que la Iglesia puede influir como una eficaz y beneficiosa levadura.

Entre los problemas que se presentaron y fueron objeto de estudio, merecen consignarse el de la educación religiosa de la niñez, la juventud y las personas mayores que ingresan en las iglesias, muchas veces con un completo desconocimiento de sus deberes; el problema de raza, debiendo la Iglesia arrancar los prejuicios que existen entre los hombres de diferente color; la obra de cooperación entre las iglesias, obra que va ganando terreno de día en día, y que demanda un esfuerzo hasta llegar a su consumación; y el del secularismo, o sea la tendencia que existe hacia la frivolidad e indiferencia en las cosas espirituales, especialmente en la juventud, y que mina la vitalidad de las iglesias.

Un problema que preocupó mucho fué el de las relaciones entre los misioneros extranjeros y los obreros nativos. A este propósito, China presentó una proposición solicitando que le sean entregados los recursos financieros y los locales, y hasta la dirección para el envío de los misioneros a los lugares que la Iglesia nacional designe. La propuesta fué aceptada por unanimidad por los elementos dirigentes representados en el Congreso.

Y otro problema también tratado con mucho detenimiento fué el del Mensaje que hay que dar al mundo, conviniéndose por todos en que este Mensaje consiste en presentar a Cristo como único, evidenciándose la necesidad de que la voz profética resuene en todos los ámbitos del mundo.

Una hora larga estuvo hablando el señor Rodríguez, sin que el numeroso auditorio que le escuchaba diera las más pequeñas muestras de cansancio. Todos salieron muy complacidos de haber oído al Sr. Rodríguez, en su doble carácter de compatriota y de enviado de las repúblicas hermanas.

El miércoles, día 23, a las ocho de la mañana, salía nuestro amigo con dirección a Salamanca, Sevilla y Alicante, y mañana partirá del puerto de Barcelona en el vapor *Conte Rosso*, con dirección a Buenos Aires.

El Rdo. Gabino Rodríguez lleva muy buenas impresiones de su breve visita a España; pero no son menos buenas las que entre nosotros ha dejado su visita.

Que lleve muy buen viaje nuestro querido amigo, y que el Señor le acompañe en su vuelta a su iglesia y a su hogar.



CRÓNICA



EN los albores de la ginebrina «Unión Cristiana de Jóvenes» hubo uno que llamó la atención por su considerable actividad de propaganda, por su entusiasmo y su fe. No sólo evangelizaba en la ciudad, sino que durante el verano, cuando las escolares vacaciones, pasadas con su familia en el campo, también reunía allí a los jóvenes que consideraba bien dispuestos para aceptar el Evangelio.

Este muchacho estaba llamado a grandes empeños, a ser ángel tutelar de los combatientes heridos, pobres inocentes víctimas de una civilización alardeando de cristianismo y que en todas sus manifestaciones está muy lejos de la doctrina de Jesús. Fué hombre de amor. Sintió como nadie el horror a la guerra, la tribulación de los heridos. Alguien le ha llamado «heraldo del dolor». Soñó mucho, como muchos soñamos, con la paz universal, conque los pueblos se pongan de acuerdo para no verter más sangre, conque las incalificables matanzas terminen de una vez. Presintió el arbitraje obligatorio y la sociedad de naciones. Pero mientras se llegaba al ideal pacifista era preciso realizar algo práctico, algo que atenuara las hecatombes de la lucha armada. Tuvo principio en 1862, cuando la batalla de Solferino. Trescientos mil hombres frente a frente. Él se encontraba cerca, en Castiglione della Pieve, y no pudo estarse quieto. Espontáneamente se pone al servicio de los heridos y de los cirujanos sobrecargados de trabajo, a la organización de socorros. Pide a Suiza material sanitario, escribe a todas partes cartas destilando sangre, impresionantes descripciones macabras, ecos de imponente realidad sin literario aliño, conmovedora elocuencia.

Las epístolas dan algún resultado. Pero a un alma como la de Enrique Dunant no basta que las gentes sensibles se apiaden mandando a los heridos dinero y tabaco: hace falta más. Es preciso que las multitudes se den cuenta de que las guerras son crímenes colectivos, de que igualmente se convenzan los hombres de Estado, los soberanos, los políticos, la Iglesia, los gobernantes. Pide la neutralización, no sólo de los cuerpos sanitarios, sino también de los heridos mismos, reclamando para ellos, por sentimiento de humana fraternidad, la creación de sociedades nacionales de socorros. Pide una bandera que en todos los ejércitos proteja las ambulancias y hospitales. Fué el general Dufour quien propuso la cruz roja sobre fondo blanco.

Dunant recorre el mundo propagando

Este número ha sido revisado por la censura.

sus ideas. Convince a monarcas y ministros. Y un buen día, en Ginebra, sede de todo altruismo, donde hallan siempre acogida las ideas generosas, se agrupan Dunant, Dufour, Moynier, Appia y Maunoir, fundando una comisión internacional de socorro a los heridos, que más tarde se convierte, con la cooperación de todos los Estados, en Comité internacional de la Cruz Roja.

Enrique Dunant era hombre de negocios. Pero una bancarrota le hunde en la mayor miseria. Va dando tumbos por el mundo hasta que un alma compasiva le busca refugio en el hospital de Heiden. Desde allí prosigue su propaganda para la concentración de las fuerzas nacionales en una acción universal. Hasta que surge alguien recordando al mundo cómo el gran hombre vive todavía, olvidado y pobre. Se produce entonces mundial remordimiento, le envían mensajes los Soberanos, el Papa, los Gobiernos, toda clase de sociedades. En 1901 se le concede el premio Nobel y un rayo de alegría anima la vejez augusta.

Nació el 8 de Mayo de 1828. Murió a los ochenta y dos años el 30 de Octubre de 1910.

Una dama interpela estos días al presidente del Consejo sobre las obras neutras de carácter social y protección de la mujer y del niño para solicitar del Gobierno que no subvencione ni facilite la posibilidad de que figuren en el registro de Asociaciones ninguna de esas obras culturales que están federadas y dirigidas por un Comité internacional.

Indica los males que supone para la patria la formación de las conciencias infantiles en esas instituciones.

Esos niños que en ellas se educan — dice — serán luego malos ciudadanos.

Espera que el marqués de Estella sabrá acabar con obras que, so pretexto de humanitarias, son un grave peligro para la patria.

El marqués de Estella considera un poco exagerado lo dicho por la señora Perales, y cita la Cruz Roja como institución de carácter neutro e internacional, que presta grandes servicios a todos. Sin exageración se encargará a todos los órganos de la Administración que velen por el funcionamiento de las instituciones neutras para conocer sus propósitos y sus actividades y no consentir que sean perniciosas a la patria.

Por lo mismo que se nos combate como a una dictadura, presentándonos como hombres toscos y poco comprensivos, es menester que no tratemos con dureza sino a las instituciones que probadamente lo merezcan.

Algunos periódicos combaten la tauri-

na fiesta, el fútbol, el boxeo, el alcoholismo y el tabaco. Hacen bien. Esta pasada semana fué de bochorno nacional con motivo del encuentro en los campos de *Sport* del Sardinero.

Dos equipos de profesionales pugnan por el primer puesto. ¡Pero de qué manera! No como quien juega, sino como quien batalla. Y «a tren durísimo». Chocques personales entre los jugadores. «Un montón de carne humana repartiéndose patadas y codazos». De la refriega salieron varios contusionados. ¡Muy bonito!

Un jugador comete una falta tan escandalosa, que es expulsado del campo. Poco después, otro jugador tiene que retirarse por intento de agresión a un contrario. A seguida, nueva colisión, de la que otro sale cojeando y termina por caer al suelo, incapaz de sostenerse en pie. En ambos equipos hay «exceso de nervios y formidable agotamiento». Y a todo esto, el «respetable público», armando broncas y algo más.

Un grupo de vascongados pega a un jugador. Éste contesta a puñetazos y se refugia en la caseta de su equipo. La invaden los vascongados y se desarrolla una verdadera batalla, teniendo que intervenir las autoridades y resultando varios lesionados. Un jugador fué herido de importancia en el pecho por culatazo de fusil. Todos locos. La declaración del árbitro es elocuente:

«No perdí la serenidad en ningún momento. Estaba decidido a ser enérgico, para que el partido se desarrollara por cauces legales. Todo fué bien hasta el tanto del empate. Desde entonces, por más que me mostré inflexible, reuní a los capitanes y les hice ver que no estaba dispuesto a transigir con la menor indisciplina en el campo, no hubo manera de que aquello marchara bien. *Fué verdaderamente repugnante el resto del encuentro.*»

Y poco edificante la ansiedad general en San Sebastián, Barcelona y Madrid. Cuando la Real Sociedad marca su tanto, se dispararon en San Sebastián cohetes y sonaron las sirenas de los barcos. Y cuando el equipo guipuzcoano regresa a dicha población, a pesar de la abundante lluvia, se le hace un recibimiento de gran entusiasmo.

El maestro Zozaya, siempre oportunísimo, dedica en *La Libertad* del día 25 un interesante artículo, con el título «El regreso a la caverna». Así es: puro salvajismo.

LUIS VILLOZO

El complacer a su madre, asistirle, acompañarla, y ser el consuelo de sus trabajos, esa es la primera obligación de una hija obediente.— *L. F. Moratin.*

El corazón de una madre es el único capital del sentimiento que nunca quiebra, y con el cual se puede contar siempre y en todo tiempo con toda seguridad. — Mantegazza.

UNA BUENA LECCIÓN

Estamos informados de un caso muy interesante ocurrido hace pocos días en Albánchez, provincia de Jaén.

Al colportor bíblico de la Misión de Valdepeñas, D. Agustín García, le prohibió caprichosamente el alcalde la venta de la Biblia y otros libros evangélicos que llevaba, a pesar de exhibir su documentación y la respectiva patente industrial.

De nada valió, por el momento, invocar las leyes del país. Al alcalde de Albánchez no le daba la gana que se vendieran allí aquellas publicaciones, por lícitas que fuesen, y esto bastaba.

Pero nuestro querido hermano el señor García, sintiéndose fuerte en su derecho y confiando que las autoridades superiores no podían tolerar tal atropello del mismo, telegrafió en seguida al señor gobernador de Jaén y al señor ministro de la Gobernación.

El primero envió inmediatamente un delegado a Albánchez, el cual, tan pronto hubo comprobado que la queja era fundada, destituyó al alcalde y dió instrucciones al nuevamente nombrado para que hiciera respetar el derecho del viajante bíblico, quien pudo desde su vuelta a Albánchez ejercerlo con toda libertad.

Felicítamos al señor gobernador de Jaén por su saludable energía en defensa de los derechos de un modesto ciudadano español, y nos congratulamos de ver que se impone el respeto a la ley y al derecho a quienes quisieran volvernos a los días, ya para siempre pasados, de la santa Inquisición.

El caso ha sido muy favorablemente comentado.



SOCIEDAD DE TRATADOS

Reunión anual.

Este es el tiempo del año en que las grandes Sociedades religiosas y misioneras de la Gran Bretaña celebran sus reuniones anuales, en las que dan cuenta a sus amigos de los trabajos realizados en los últimos doce meses y de sus proyectos para el porvenir.

La Sociedad de Tratados de Londres es una de las primeras en celebrar su reunión. La de este año fué más concurrida que en años anteriores, llenándose la sala Queen's Hall, en que tuvo lugar. La presidió el honorable W. T. Rice, uno de los secretarios honorarios. Se dedicó un recuerdo muy sentido al recientemente fallecido tesorero de la Sociedad, Sir George Anthony King, magistrado del Tribunal Supremo británico, caballero cristiano de altas dotes y muy estimado por su ferviente interés en varias empresas religiosas.

El presidente tocó en su discurso el punto especial de la obra de la Sociedad en proporcionar sana literatura para los

niños. La semana anterior precisamente había embarcado para Australia una numerosa compañía de huérfanos criados y educados en los famosos hogares del Dr. Barnardo, y habían recibido como regalo libros de la Sociedad de Tratados, con los cuales entretenerse durante el viaje. En las escuelas públicas de la Gran Bretaña, centenares de niños reciben premios de Biblias y libros provechosos donados por la Sociedad.

El Rdo. H. W. Hinde habló de la importancia de los tratados, cuya utilidad él había experimentado en su ministerio. La literatura cristiana ejerce una acción lenta y constante y contribuye de una manera eficaz a mantener el conocimiento de la verdad en el pueblo. El pastor, en sus visitas de casa en casa, que las condiciones de la vida moderna hacen cada vez más difíciles, encuentra un auxilio considerable en el tratado atractivo e interesante que puede dejar en manos de sus visitados.

El Rdo. Edwin W. Smith, superintendente literario de la Sociedad Bíblica, habló especialmente de África, donde ha trabajado algunos años como misionero. Tal vez pocos saben que hay ahora 260 idiomas africanos, en los cuales se publican libros, y que de esos idiomas, 200 por lo menos han recibido su escritura en los últimos cincuenta años. Esta ha sido la obra de los misioneros evangélicos, que a costa de grandes trabajos han dado forma literaria a aquellos idiomas y los han hecho vehículo del Evangelio de la gracia de Dios.

ESPAÑA EVANGÉLICA

PERIÓDICO SEMANAL

ADMINISTRADOR:

FERNANDO CABRERA

Precios de suscripción:

| | |
|--------------------|-----------|
| Un año. | 8 pesetas |
| Seis meses | 4 » |
| Extranjero: Un año | 15 » |
| » Seis meses. | 8 » |
| América: Un año. | 2 dólares |
| » Seis meses | 1 » |

No se admiten suscripciones por menos de seis meses.
Las suscripciones darán principio en 1.º de Enero o 1.º de Julio.

Suscripciones por paquetes:

| | | |
|---------------------------------|------------|----------------------|
| Paquetes de 10 a 50 ejemplares: | | |
| España | 6 ptas. | por ejemplar al año. |
| Extranjero | 12 " " " | " " " |
| América | 1,50 dólar | " " " |

Paquetes de 51 ejemplares en adelante:

| | |
|----------------------|------------------------------|
| España | 5 ptas. por ejemplar al año. |
| Extranjero | 10 » » » » |
| América | 1 dólar » » » » |

Las suscripciones de paquetes en España podrán pagarse por trimestres, pero siempre dentro del trimestre respectivo.

NÚMERO SUELTO: 15 céntimos.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
BENEFICENCIA, 18. MADRID. 4
APARTADO 4024

TELÉFONO 33.590

Recomiende a sus amigos

 **ESPAÑA EVANGÉLICA**



CAPÍTULO XVIII

NORBERTO DE CAULAINCOURT RECIBE LAS GRACIAS.

Las tres personas que habitaban en casa de Berthelie estaban muy intranquilas por su suerte, aumentando más su ansiedad a cada día que pasaba sin que él regresara. Gabriela se afligía también por Norberto, no dudando que había muerto por ella; si bien no sufría el remordimiento, que era el más amargo pesar de las otras dos mujeres; ella, al menos, no tenía nada que reprocharse. Claudina, que continuaba débil y enferma, hablaba poco; y Margarita guardaba silencio, no queriendo ninguna de las dos entristecer a Gabriela, lamentando lo que ambas habían hecho por el cariño que la tenían. Tampoco habían hablado del caso entre ellas; porque, a pesar de los años que habían pasado juntas, sus corazones no habían estado nunca acordes.

Pero la misma mañana que celebraba el Gran Consejo la sesión a que hemos aludido ya, Margarita, al acercarse como de costumbre a la cama de Claudina con la sopa del desayuno, la encontró dormida, al parecer; pero, observándola mejor, vió que había ocultado el rostro de propósito y que su débil cuerpo se agitaba por los sollozos.

— Vamos, señorita — dijo la sirvienta con cierta severidad —, ¿es esa la manera de que os pongáis buena y fuerte para cuando regrese maese Berthelie, si es que el Señor quiere enviarnoslo? Si su voluntad es otra, tendremos que someternos a ella, y necesitaremos también todas nuestras energías para hacerlo así. Pero no adelantemos los males.

— Si fueran sólo males — dijo sollozando la infeliz Margarita —; pero esto es pecado. Dios puede castigarme, llevándose a mi hermano, por haber consentido yo el engaño.

Margarita, dispuesta siempre para las discusiones teológicas, soltó la taza, y poniendo los brazos en actitud militar, empezó así:

— Ya no me extraña, señorita, que halléis tan poco consuelo para vuestra pena, siendo esa la idea que tenéis del Todopoderoso, que es quien os envía el dolor. Y

por lo que al amo se refiere, sea lo que sea lo que le haya ocurrido, si nosotros no lo sabemos, lo sabe Dios, que ha dispuesto y ordenado todas las cosas antes de que vos y yo viniéramos al mundo, y aun antes de que el mismo mundo fuera creado. A nosotros no nos incumbe eso; una cosa sí nos interesa: nuestro propio pecado. Y podemos tener la seguridad de que, cuando se trate de él, en nuestros juicios delante de Dios, ni amigos ni hermanos podrán hacer suya la responsabilidad ni sufrir nuestro castigo.

La pobre Claudina no era, felizmente, lo bastante lógica para pensar que también nuestro pecado podía haber sido previsto, y si previsto, preordenado, y si preordenado, inevitable; en cuyo caso, ¿por qué había de haber castigo? Más que en el objeto del discurso de Margarita, se fijó en sus últimas frases, murmurando:

— Eso de tomar la responsabilidad, bien sabe Dios que yo lo hago.

— Después de todo, no es necesario que os apuréis tanto — concedió Margarita generosamente —, porque todo fué culpa mía. Vos no queríais y yo os persuadí.

— Es que a ti tal vez no te parecía tan malo. Para mí lo era mucho, sabiendo que el infeliz Norberto era un hereje y que su alma quedaría perdida para siempre. Gabriela, en cambio, podía haber sido ganada por la verdadera Iglesia y ser salvos su cuerpo y su alma... Pero ¡mi hermano! Su corazón empezaba a destrozarse, porque la quiere como a las niñas de sus ojos.

— Y esa es la pura verdad, señorita mía; porque yo también pensé en el amo y en la niña. Allí la hubieran hecho desgraciada, llevándola quizá hasta la muerte.

— Las dos pensamos en el bien de lo que era nuestro, y no en el perjuicio que hacíamos a otro.

— Pensamos en el buen fin, olvidando que el medio era malo; pero creedlo: aún es peor para mí que para vos.

— No por cierto, porque tú no haces penitencias ni temes al Purgatorio.

— ¡Penitencias! ¡Purgatorio! — exclamó Margarita con supremo desdén —. ¡Qué valen para interponerse entre un alma y el Dios que la hizo! ¡No! Lo que yo temo es otra cosa muy distinta. Yo, yo, que con mis luces y mi conocimiento he pecado así, ¿puedo contarme en el número de los elegidos de Dios?

— Es compasivo y misericordioso, a pesar de todo — observó Claudina dulcemente.

— Sí; con los fieles.

— Pero ¿cómo pudo ser fiel alguien sin

que Él no fuera misericordioso antes? — preguntó Claudina con más lógica de lo que ella misma creía —. Margarita, ambas hemos obrado mal — añadió, tendiendo sus manos a la sirvienta en un impulso súbito.

— ¿Quién soy yo para despreciar a una papista? — se preguntó la nodriza, estrechando entre sus manos toscas y callosas, a causa del trabajo, las que Claudina le tendía —. ¿Acaso no he arriesgado yo la seguridad de mi elección? ¿No sé perfectamente que para los no perdonados, sean papistas, sean protestantes, hay sólo una condenación?

— Ambas hemos obrado mal... por amor — dijo Claudina —. ¡Que Dios, en su misericordia, se digne perdonarnos a las dos!

— Amén — añadió Margarita.

— Y ya sabes — continuó Claudina — que tenemos al mismo bendito Señor. Por amor suyo.

— Por amor suyo, señorita — asintió la criada, que, sin saber por qué lo hacía, se inclinó y besó la mano de la antigua religiosa.

Gabriela se presentó súbitamente en la habitación, abriendo la puerta de par en par. Sus pupilas fulguraban; ardían sus mejillas; su semblante entero se había transfigurado.

— ¡Tía! ¡Margarita! — exclamó sin alienato —. Norberto ha regresado sano y salvo. ¡Y trae noticias de mi padre!

Norberto en persona estaba detrás de la joven, y él y su padre, después de pedir y obtener permiso para entrar en la habitación de Claudina, no tardaron en referir toda la historia a las dos mujeres.

Precisamente cuando llegaban al punto de haberse dado Norberto a conocer al joven Lormayeur, interrumpió el relato un aldabonazo fuerte y autoritario en la puerta de la calle. Era un aviso de los sindicatos, solicitando la inmediata presencia del joven para servir de guía a la gente que iba a buscar a maese Berthelie. Llevaban una litera para el herido, y anunciaron a Norberto que tenían preparado un caballo para él.

— Será conveniente que llevéis el capote viejo del amo — dijo Margarita a Norberto —. Y, además, ¿cuándo habéis almorzado?

— Al amanecer, en la choza del herrador, mientras arreglaban la herradura del caballo.

— En ese caso, lo primero que hay que pensar es en comer. Aquí tenéis un poco de sopa que guardábamos caliente para mi señorita, aunque ya es hora de comer y...

— No; no puedo detenerme. La orden es que vaya inmediatamente.

— Pero hay que razonar — observó el padre —. Necesitan tiempo para disponer la gente.

— Tengo un magnífico capón que asé ayer tarde para la señorita — añadió la nodriza —, y apenas si lo ha tocado. Voy a servirlo en la otra habitación, con un

poco de pan y una copa de vino, mientras Gabriela os da las gracias, como es justo y digno que haga, por haberla salvado del poder de esa gente papista.

De Caulaincourt, desde el sitio que ocupaba, próximo al lecho de Claudina, miró pensativo a los dos jóvenes, parados junto a la puerta, tal como Margarita los había dejado. Claudina los miró también, quizá con más penetración. Una de las últimas cosas que desaparecen del corazón de toda mujer sincera es el interés creciente en el desenvolvimiento de la vida de una hermana menor, de la doncella que ha amado y cuidado por tanto tiempo. Aquellos dos seres que se hallaban juntos despertaron en ella ideas y esperanzas que se extendían hasta el lejano porvenir. Aunque amaba también al ausente Luis de Marsac, en el fondo de su corazón deseaba que Gabriela lo olvidase.

Consideraba que la muchacha debía ruborizarse, titubear y hallarse incapacitada para pronunciar una palabra; pero, por el contrario, Gabriela habló a Norberto con tanta franqueza como si ambos hubieran pertenecido al mismo sexo.

— ¡Oh, Norberto! Darte las gracias... ¿puedo acaso? ¡No! No puedo hacerlo, aunque pasara toda mi vida intentándolo. Tú me has salvado, y yo...

La emoción se reveló al fin en su dulce semblante, y se detuvo. De Caulaincourt y Claudina los veían a ellos dos solos; pero ellos, tanto ella como él, veían a otro que se interponía entre ambos. «Me has salvado para él», decía el corazón de ella. «¿Te he salvado solamente para él?», pensaba la mente de Norberto.

— Querida señorita — interrumpió De Caulaincourt con su cortesía de costumbre —, mi hijo considera un honor y una alegría el haberos servido. Reservad, os lo suplico, las gracias que sois bastante generosa para darle (aunque no son necesarias), hasta que tenga la satisfacción de traer a vuestro padre, como confío que hará esta noche.

Margarita llegó en esto, invitando a Norberto para pasar a la otra habitación, y procurando excusarse por no tener mejor bebida para ofrecerle que un jarro de «rasade», el vino áspero y común que de ordinario se bebía.

(El capítulo XIX se titula «El egregio Ami Berthelier».)

Iglesia Evangélica Española de Nueva York

218 East, 19 Street. New-York.

Pastor:

Rdo. Manuel Figueroa.

Si va usted a Nueva York, escriba al pastor, que le atenderá solícito.

(Continuación de Esfuerzo Cristiano).

Los animales no se inquietan; sin embargo, algunos hacen su provisión para el invierno. Así nosotros debemos confiar y trabajar.

Las flores nos enseñan la belleza de la ornamentación. Alguna gente sólo atribuye valor a lo que se puede comer o llevar o guardar en el Banco. Pero Dios ha llenado la tierra de flores para fomentar el gusto estético de los hombres.

Dios ha dado tanto honor a la rosa como a la calabaza, aunque la rosa no puede satisfacer nuestra hambre.

El ha puesto las violetas entre la hierba, aunque ésta, comida por el ganado, produce leche, manteca y queso, mientras la violeta sólo recrea la vista y deleita el olfato. El mensaje de las flores es que Dios quiere hacer que nuestras vidas sean tan bellas como útiles. Las sonrisas, el agrado y las finas atenciones tienen tanto valor en su Reino como los consejos y las oraciones.

Temas para pensar.

¿En qué debemos imitar a las aves y a las flores? ¿Qué nos debe recordar el perfume de las flores? ¿Y el cantar de las aves?

Sociedades infantiles.

¿Para qué estamos en el mundo?

Dom., 10 de Junio.

Mat., 5, 13-16.

Dios nos ha puesto en el mundo para que seamos útiles a nuestros semejantes y glorifiquemos a Dios con el cumplimiento de nuestros deberes.

Cada uno de nosotros tendrá una misión diferente que cumplir, según la vocación que Dios le haya dado.

Además de nuestros trabajos habituales, estamos llamados a dar buenos consejos, a socorrer a los pobres según nuestros recursos, a consolar a los afligidos y, sobre todo, a comunicar la Palabra de Dios a los que la ignoran, porque ésta es la luz que debemos difundir en este mundo de tinieblas.

Jesús de Nazareth.

Armonía de los Cuatro Evangelios por Alejandro Westphal, profesor honorario de la Universidad de Francia.

Traducción de la segunda edición del original francés por Franklyn Albricias.

Los Cuatro Evangelios, cuidadosamente fundidos en una sola narración, traducida en lenguaje moderno, acompañada de epígrafes marginales que trazan un esbozo de la vida de Jesús y de breves notas explicativas que arrojan luz sobre pasajes difíciles.

Un tomo de 304 páginas, encuadernado en tela flexible, 2,50 pesetas.

Pídase a

Sdad. de Publicaciones Religiosas
Flor Alta, 2 y 4, 1.º - MADRID
Teléfono 17.933.

Escuela Dominical

El prendimiento y el juicio.

10 de Junio.

Mar., 15, 1-15.

TEXTO ÁUREO: *Despreciado y desechado entre los hombres.* — Is., 53, 3.

El Sanedrín había condenado a Jesús a la muerte por haberse declarado Hijo de Dios; pero esta declaración no hubiera interesado a Pilato; era necesario acusarle de algún delito político, y esto es lo que hicieron los sacerdotes (Luc., 23, 2). La falsedad de sus acusaciones no necesita demostrarse.

Las primeras palabras de Pilato a Jesús fueron para preguntarle si efectivamente era el Rey de los judíos. Jesús contestó afirmativamente, añadiendo que su reino no era de este mundo, como el mismo Pilato podía ver, puesto que no tenía partidarios armados que le defendiesen. Su reino era el reino de la verdad. Este primer interrogatorio probó al gobernador romano que Jesús era inocente.

En lugar de negarse terminantemente a condenar a un inocente, Pilato buscó otra salida que fuera del agrado del pueblo: soltar a Jesús, aprovechando la costumbre establecida de dar libertad a un preso durante la fiesta de la Pascua. Pero la muchedumbre pidió la libertad de Barrabás, ladrón y asesino, que, por su rebeldía contra la autoridad romana, era un criminal popular.

¿No está el mundo haciendo constantemente la misma elección? Rechaza a Jesús y su reino de pureza y justicia, y escoge el reino de la maldad, el egoísmo y la violencia.

¿Qué haré de Jesús? Esta pregunta no debió hacerla Pilato a un populacho enfurecido, sino a su propia conciencia. Es una pregunta que todo hombre tiene que contestar por sí mismo. Cristo se presenta a nosotros para ser aceptado o rechazado. Rechazarle es rechazar la suma bondad, privarse del único Salvador que podemos encontrar.

Pilato no podía limpiar su conciencia de la sangre de Jesús tan fácilmente como lavaba sus manos. Aquel acto no disminuía en lo más mínimo su responsabilidad. Su cobardía no le valió nada. Pocos años después fué acusado a César y desterrado a las Galias, en castigo de su mal gobierno. Y la tradición añade que se suicidó arrojándose al lago que lleva su nombre, en Suiza.

En cuanto a los sacerdotes que gritaron: «¡Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos!», no podían figurarse la condenación que atraían sobre sí mismos y sobre su pueblo. Unos treinta años más tarde, Jerusalem era destruida, centenares de judíos morían crucificados en las colinas que la rodeaban, y millares eran vendidos como esclavos.



TIPOGRAFÍA ARTÍSTICA.
CERVANTES, 28, MADRID